

LIBROS

JAVIER PRADERA, UN REFERENTE PARA LA IZQUIERDA ESPAÑOLA

Se acaba de publicar la primera biografía de Javier Pradera, pero entre los escritos encontrados tras su fallecimiento hay datos y relatos suficientes para llenar varias vidas.

PATXO UNZUETA

Jordi Gracia, *Javier Pradera o el poder de la izquierda*.
Anagrama, Barcelona, 2019.

A sí que el verdadero Semprún era Pradera”, dejó caer un periodista vasco tras haber leído uno de los libros publicados poco antes o poco después de su fallecimiento (en noviembre de 2011). El libro de Jordi Gracia es la primera biografía de Javier Pradera que se publica. El texto abarca su trayectoria vital y profesional desde la infancia en San Sebastián donde, con dos años y medio, vivió la tragedia

del asesinato de su padre y el del padre de su padre, el político tradicionalista Víctor Pradera, a manos de milicianos republicanos y en las primeras semanas de la guerra civil. Amigos de Javier le han oído contar que durante toda su vida ha tenido un sueño recurrente en el que su padre volvía a casa. Su biografía es el hilo conductor de la reconstrucción de las raíces de la oposición antifranquista desde la movilización estudiantil de la generación del 56 a la experiencia de su participación en la creación y desarrollo de un periódico de orientación socialdemócrata (*El País*) bajo la inspiración y dirección editorial del propio Pradera. Es la primera biografía suya que se publica, pero hay entre los escritos encontrados después de su fallecimiento datos y relatos suficientes para llenar varias vidas

En la primera parte del libro llama la atención la presencia abundante de expresiones como como nuevo/nueva, juvenil, novedad, neo, expresivas de un voluntarismo juvenil presentado como un valor en sí mismo. Y que es adoptado, por ejemplo, por las firmas editoriales y publicaciones que aparecen desde finales de los años cincuenta: Terra Nova, Tiempo Nuevo, Ciencia Nueva, Vida Nueva, entre otras. Y hasta los poetas tienen que ser novísimos, como en la antología preparada por Josep María Castellet y de la que también se habla en el libro de Gracia. Es evidente que hay en todo esto un componente generacional. Entre los autores y editores que comparecen por uno u otro motivo para opinar sobre Pradera hay de todo, pero ninguna opinión es tan descarnada como la de Agustín García Calvo, evocada por Fernando Savater, que recuerda escandalizado haberle oído sostener en la academia en la que el uno era profesor y el otro alumno, que si de lo que se trataba era de instalar un sistema democrático como los del resto de Europa, entonces “quizás sentiría cierta simpatía por los tanques rusos enviados a Praga”.

La ambigüedad resultante de la crisis provocada por la salida del partido del trío Semprún-Pradera-Claudín se mantiene durante algún tiempo, de manera que jóvenes universitarios dispuestos a

militar en el PCE se dirigen a Pradera para que les facilite un contacto para ingresar en un partido del que él ya no formaba parte. Tanto si el trío ha abandonado formalmente el partido, como si no, intelectuales como Xavier Folch o Manuel Sacristán no se resignan a perderlo. Este último ha enviado a la dirección una carta personal en la que critica la desproporción entre la entidad de la disidencia y las consecuencias finales del caso. Jordi Gracia sintetiza los efectos personales y familiares de la expulsión del Partido Comunista de los tres disidentes: poco traumáticos para Pradera, soportables para Semprún y graves para Claudín, que había sobrevivido en la precariedad del exilio incluyendo a veces la carga de la clandestinidad. Lo que forzosamente implica situaciones de dependencia psicológica y material.

En el fondo sigue vigente, dice Jordi Gracia, la desconfianza respecto a la función del intelectual: quien no entienda qué es el partido ni vea fundados sus estatutos no es propiamente militante. Se ha llegado a tratar al intelectual de enfermo contagioso. La teoría leninista de organización es para los comunistas ortodoxos una cuestión de principios y no un mero asunto técnico (normas de seguridad o de disciplina, etcétera). Porque como escribió el teórico comunista húngaro Georg Lukacs: “no puede haber una teoría de la organización revolucionaria sin una teoría de la revolución misma”.

A finales de los años sesenta Felipe González, matriculado en la Universidad de Lovaina, acostumbra a pasar por París para visitar a Fernando Claudín “en su modestísimo apartamento de las afueras de París”, y a Semprún. En alguna de esas visitas alguien muestra un folleto de Carrillo titulado “Después de Franco ¿qué?” en el que los expulsados de 1964 reconocen las tesis por cuya defensa fueron purgados diez años antes. Los residuos stalinistas que sobrevivían en los partidos comunistas provocan situaciones absurdas, como el veto a la asistencia de Semprún a una cena organizada por los comunistas españoles en Cuba y que provoca el abandono de la mesa por parte de Pradera, Castellet, Pepe Martínez y Roberto Mesa. Verse sin el apoyo de esas redes debe de ser dramático para quienes llevan décadas a la

sombra del partido. Los partidos comunistas producen (o producían) numerosos disidentes, lo que provoca situaciones contradictorias como la de querer seguir militando sin abandonar la condición de disidente, al que Mario Onaindía definía como “quien está en desacuerdo pero se queda.”

Episodios como el del veto a Semprún suscitan una crisis de conciencia de Sacristán porque su disciplina comunista chocaba con la evidencia de su propia evolución moral e intelectual, relata el autor del libro. El cual también recoge la idea según la cual Pradera no necesitó *desestalinizarse* porque llegó (al Partido) ya *desestalinizado*.

De la experiencia de Allende en Chile, la izquierda de ese país extrae consecuencias contradictorias. Para unos, el fracaso del ensayo reformista demuestra la incapacidad de la socialdemocracia para evitar o neutralizar un golpe militar como el sangriento de Pinochet de septiembre de 1973. Para otros, es el izquierdismo infantil del sector más radical de la izquierda chilena la causa de esa impotencia. Y el eurocomunismo tampoco sabe cómo evitar ese desenlace. A la altura de 1971, Pradera había concluido su reflexión sobre las vías hacia el socialismo con la idea de que su aportación personal al socialismo de Salvador Allende pasaba por su labor de editor con vocación de orientar a la izquierda chilena mediante su intervención profesional en relación a los intelectuales y al ámbito universitario en general. “La nueva juventud radical (nueva, juventud y radical: tres en uno) recolocó a la órbita comunista occidental en parámetros cuasi reformistas, sometida al “cobarde estado de derecho”. Una democracia “representativa, legalista y garantista”, enumeración que aparece como un triple y desconcertante reproche. Porque “es precisamente la naturaleza extraparlamentaria y rupturista de la nueva izquierda lo que empieza a crecer frente a un comunismo casi domesticado

y semipro gubernamental”. Lo que no se vislumbra es una alternativa realista. En la resaca del 68 francés y de Praga reaparece la tentación de la lucha armada, de la que sólo sobrevivirán el IRA y ETA. Es decir, aquellas organizaciones terroristas que cuentan con un brazo político nacionalista con fuerte apoyo social. A los ojos de Manuel Sacristán, la estrategia comunista para desmarcarse de la insurrección armada y a la vez poner distancia con el comunismo soviético consistía en la búsqueda de aliados progresistas como tránsito a una sociedad sin clases (hay que decir que el Compromiso Histórico de los partidos comunistas con la burguesía liberal estaba ya en marcha en Italia.)

En España, el proceso de Burgos (contra 16 miembros de ETA, diciembre de 1970), con petición de pena de muerte para seis de ellos, se vive como un ensayo de movilización revolucionaria y suscita un debate en los medios de izquierda sobre la legitimidad o no de la violencia en determinadas circunstancias. Ridruejo rehúsa firmar un escrito pidiendo clemencia para los presos de Burgos que le han pasado Juan Benet y Pradera. Porque firmarlo, sostiene Ridruejo, equivaldría a aceptar una adhesión tácita a ETA como movimiento antifranquista, socialista y revolucionario. Esto provoca un debate confuso especialmente en el seno de la propia ETA que acabará rompiéndose en dos: ETA (V), que es la que da continuidad a la violencia terrorista, y ETA (VI) que evoluciona hacia un izquierdismo dogmático muy crítico, sin embargo, con la vía violenta. Un argumento potente para abandonar la lucha armada es que interfiere en la movilización de masas, que es la prioridad del momento. Pero el otro sector contrargumenta aduciendo que lo que hace la vía armada es radicalizar la movilización, no impedirla.

Pradera continuará su carrera de editor en paralelo a sus otras actividades, como el periodismo. Hacia finales de la década de los ochenta es sondeado sobre la posibilidad de que fuera nombrado Director general de RTVE. Se lo pensó, pero antes de que se decidiera, decidieron por él desde las alturas. Concretamente le dijeron que “frenase” el asunto.

Referendum OTAN

En vísperas del referéndum sobre la permanencia o salida de España de la Alianza Atlántica (12 de marzo de 1986) un grupo de intelectuales muy conocidos, entre los que estaba Javier Pradera, escribieron y rubricaron un manifiesto a favor de la permanencia. Al *Ombudsman* (defensor del lector), Ismael López Muñoz, le pareció que había una incompatibilidad entre esa firma de Pradera y su condición de responsable de las páginas de opinión de *El País*, y así lo expuso en su columna. Hubo mucha polémica en el ámbito del Defensor, en particular sobre si había o no debido contrastar su información con la de Pradera. El jefe de opinión y principal editorialista político del periódico presentó su dimisión de ambas responsabilidades aquel mismo fin de semana. El acuerdo alcanzado con Cebrián incluía la condición de no tener que escribir ningún editorial más, aunque sí artículos firmados en diversas secciones del diario (Nacional, Suplemento de domingo, Crítica de libros, etcétera) por lo que su salida se produjo por etapas, manteniendo la provisionalidad hasta septiembre de 1987. Fue la primera crisis interna grave del periódico, más que nada porque afectó a órganos vitales en todo diario, empezando por la línea editorial. Pero para entonces Pradera ya había vuelto a escribir en *El País* y en la revista de PRISA (*El globo*), que apareció por entonces.

Faltaba costumbre

Una decisión, pues, muy de Pradera, que muestra su carácter de hombre de pocas palabras, (como vascongado, “corto en palabras pero en obras largo” que escribía mejor que hablaba –y hablaba muy bien–) cuya imagen en la redacción era la de una persona cuya presencia en el periódico desprendía sabiduría y autoridad, siendo lo segundo efecto de lo primero; no solo porque era el editorialista principal del diario, sino porque transmitía la sensación de que todo lo que decía era fruto de una reflexión profunda. Del mismo modo que la intuición puede definirse como la brusca irrupción en la conciencia de un lento y complejo proceso deductivo. Coincidió que el asunto de la OTAN era

el primero que caía en la agenda del Defensor. O sea, el primer caso del primer Defensor del lector de un diario de información general. No había jurisprudencia ni en la profesión ni en el interior del periódico aunque hubo, según el libro de Juan Cruz (*Una memoria de "El País"*, 1996) una intervención anterior al caso Pradera en relación con una información que se publicó en el diario bajo la responsabilidad del director adjunto, Augusto Delkader, estando éste al frente del periódico. No había jurisprudencia pero sobre todo “faltaba costumbre”. Costumbre de un sistema de control horizontal entre periodistas.

Conspirador en la sombra contra la dictadura, varias veces detenido y unas cuantas encarcelado, editor, periodista (editorialista y responsable de las páginas de opinión de *El País*), experto en historia de la Transición española y en temas de política constitucional, Pradera era conocido, sobre todo, por sus columnas de opinión. Este libro se abre con tres apelaciones a la inteligencia del lector, la última de las cuales, de H. M. Enzensberger, advierte de que “es fácil ser el más listo cuando todo ha pasado.” Apelación que puesta ahí viene a significar que Semprún, al igual que Pradera, no esperaron a ver hacia donde silbaba el viento para decidir sumarse a la resistencia interior de los antifranquistas. Comparte la gloria de la victoria, pero antes ha conocido los temores de la clandestinidad, el frío de las estaciones vacías de madrugada en una Francia ocupada y, tras su detención como combatiente de la Resistencia, la muerte en vida de los campos nazis (él estuvo en el de Buchenwald).

El mito del mito de la Transición

En una de las últimas columnas que escribió, salió al paso de la moda de arremeter contra la Transición que se había instalado sobre todo en las redes sociales. sin mucho fundamento. El artículo, “La Transición por dentro”, se publicó en *El País* el 7 de mayo de 2011. Su párrafo esencial es este, resumido “Los demoledores de la Transición no suelen avanzar hipótesis contrafácticas sobre el deber de la oposición de entonces (hacia 1977) en torno a las elecciones del

15 de junio, primeras convocadas por Suárez. Qué habría que haber hecho? ¿boicotearlas? ¿votar contra la Constitución, compadrear con ETA? Roza la necesidad o la vileza describir a veteranos antifranquistas como Pasionaria, Rubial o Tarradellas como gente dispuesta a venderse por un plato de lentejas, que se instala en un mundo de lugares comunes, tópicos y mitos nuevos como la “baja calidad de la democracia española actual”. 🐼

PATXO UNZUETA ES PERIODISTA. AUTOR DE *LOS NIETOS DE LA IRA*
Y COAUTOR DE *AUTO DE TERMINACIÓN*.